

### Los empresarios piensan... en ellos mismos\*

A excepción de las declaraciones de prensa, efectuadas generalmente por los «voceros oficiales» de las diversas asociaciones y cámaras empresariales, pocas veces se tienen opiniones de los jefes y «capitanes» de la industria y el comercio en México. El pequeño —en muchos sentidos— libro que nos ocupa es una colección de discursos y ensayos, de catorce directores y gerentes de algunas de las más importantes empresas y complejos industriales

que operan en nuestro país, muchos de los cuales asociados, directa o indirectamente, con el gran capital trasnacional.

Por principio de cuentas es notable en todo el trabajo el uso de un lenguaje claro, sencillo, con el que a toda costa se trata de «probar» —y no podía ser de otra manera— las garantías de libertad, riqueza y felicidad que sólo el sistema de «mercado» puede proporcionar a la sociedad mexicana —y, de paso, todo el mun-

\* Varios autores. *Pensamiento empresarial mexicano*, Avance Editorial, Monterrey, 3a. Ed., 1977, 239 pp.

do occidental— y el vital papel que en este proceso juega la empresa privada.

Los mismos editores —«casualmente de Monterrey»— destacan lo anterior, afirmando que...

El estilo que predominará no será grandilocuente, sino sencillo y práctico, como el lenguaje de un empresario que acepta su responsabilidad social y el reto de un tiempo [... alrededor de...] una visión humanista que será expuesta en las siguientes páginas, [que] no fueron escritas [y eso es muy evidente] por eruditos que en un cubículo universitario intentan vislumbrar la realidad nacional, que muchas veces se esfuma por sus dogmas, sino por personas de acción que obran como hombres de pensamiento, es decir, *empresarios mexicanos*. [...] (pp. 11 y 10 *subrayados nuestros*)

Bajo este punto de vista, la descalificación de los «dogmáticos», investigadores universitarios no significa realmente una pérdida social o un vacío científico en el país, pues aquéllos son sustituidos con creces por los empresarios mexicanos, hombres no sólo de acción, sino de pensamiento.

Pero veamos cuál es ese pensamiento.

Si desbrozamos el texto de todo aquello que corresponde a los intentos apologéticos, a las posiciones ideológicas —abiertas o embozadas—, al adjetivismo vacío, nos quedaría bien poco de

pensamiento... y un mucho de empresarial.

Lo que podría llamarse su «cuerpo teórico» —que repiten varios de los autores— se resume en una doctrina referente “al hombre, que se inspira en los principios naturales [...] en características que se dan en el hombre y sólo en él [...]. Subsidiariedad, solidaridad y equilibrio”, que corresponderían, el primero, al «*respeto* a la libertad de los demás», el segundo a la «comunidad vital dentro de la especie humana y al *equilibrio* correspondería la *justicia*». (pp. 23-24, *subrayados del autor*).

Mas esta apariencia de «espíritu» de colaboración, democracia y justicia —de acuerdo con *todos* los autores— se manifiesta tal como es en realidad cuando se argumenta *in extenso* sobre la condición básica para el logro de los «*principios*»: la empresa privada, y sólo alrededor de ella, para fomentarla y desarrollarla, es que existen y pueden ser aplicados.

El estado, los empresarios, los trabajadores, siguiendo a dicha «teoría», deben hacer el máximo esfuerzo para asegurar la supervivencia del sistema. El que no piense así, por muy objetivos y científicos que sean sus alegatos, nada más será otro dogmático seguidor de «las frágiles letras de Carlos Marx» (p. 19), al que, de paso, «corrigen» al asegurar que

en México no hay dos clases, sino tres: los ricos *que dan trabajo*, los pobres *que lo reciben* y los paupérrimos que no tienen trabajo fijo, ni, por

lo tanto, un ingreso estable. (p. 37, *subrayados nuestros*).

Al asignar así los papeles: el patrón como sujeto activo, *dador*, el trabajador —¡por obra y gracia del primero!— como pasivo, el *receptor* y la «*tercera clase*», la que ni da ni recibe, sino todo lo contrario, surge, como decíamos, la posición ideológica de los autores que oscurece cualquier apreciación objetiva de la realidad.

Esto los conduce a la negación absoluta del socialismo como posibilidad de desarrollo social —ya históricamente en pleno funcionamiento—, y a asegurar —la empresa socialista “comparativamente con la empresa capitalista es menos eficiente” (p. 232)— que la empresa es el único camino; “De la suma de las reformas parciales de las empresas es de donde tendrá que surgir la transformación social total” (p. 115), lo que anula sus declaraciones de «búsqueda de bienestar colectivo», «honesto» y el reconocimiento de las «fallas» empresariales (compensadas, con creces, con la contribución al ¡desarrollo y a la libertad!)

Como telón de fondo de la «fi-

losofía empresarial» sigue omnipresente el lucro, que se explicita en varias ocasiones, como móvil fundamental del sistema...

Sigue siendo válido —afirman— en sus líneas generales, el principio de la ganancia y del lucro, como incentivo y estímulo a la mejor producción y a la mejor distribución. (p. 232).

Esta aseveración, como muchas otras hechas en el curso de las páginas que nos han ocupado, puede ser rebatida con el menor esfuerzo en vista del histórico fracaso del sistema para satisfacer las más elementales necesidades sociales de la humanidad, pero el espacio disponible nos impide —de momento—, ocuparnos de ella.

Para concluir, bástenos manifestar nuestra grave preocupación por la patente muestra de incapacidad analítica —en términos burgueses, pues no podríamos pedir otra cosa— de estos empresarios «pensantes», lo que sin duda está en la base de su subordinación a los designios imperialistas y sus teóricos. VÍCTOR M. BERNAL SAHAGÚN.